

El psicoanálisis como práctica política: contra la clausura del acto.

Rostagnotto, Alejandro y Yesuron, Mariela Ruth.

Cita:

Rostagnotto, Alejandro y Yesuron, Mariela Ruth (2025). *El psicoanálisis como práctica política: contra la clausura del acto*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/430>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/3At>

EL PSICOANÁLISIS COMO PRÁCTICA POLÍTICA: CONTRA LA CLAUSURA DEL ACTO

Rostagnotto, Alejandro; Yesuron, Mariela Ruth

Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Psicología. Córdoba, Argentina.

RESUMEN

Este trabajo propone una lectura del inconsciente como forma política del decir analítico, articulando una crítica al psicoanálisis hegemónico en su versión institucionalizada y clausurante. Se interroga la posición del analista frente al saber, el goce y el poder, y se problematiza el lugar del acto en el dispositivo clínico. El texto despliega una constelación teórica que incluye referencias a Lacan, Levinas, Blanchot, Nancy, Lacoue-Labarthe y Žižek, para pensar el psicoanálisis como una práctica situada, sin garantías, capaz de interrumpir las ficciones normalizadoras del discurso dominante. Se sostiene que la clínica no puede sustraerse del campo político, y que el acto analítico se constituye como acontecimiento que resiste su clausura en fórmulas repetitivas o en saberes fetichizados. Contra la clausura del acto, se propone una ética de la errancia, de la interrupción y de la apertura a lo contingente.

Palabras clave

Psicoanálisis - Política - Discurso - Fetichización

ABSTRACT

PSYCHOANALYSIS AS POLITICAL PRACTICE:
AGAINST THE CLOSURE OF THE ACT

This paper offers a reading of the unconscious as a political form of analytic saying, advancing a critique of hegemonic psychoanalysis in its institutionalized and closure-oriented version. It interrogates the analyst's position regarding knowledge, jouissance, and power, while problematizing the place of act within the clinical dispositif. The text develops a theoretical constellation including Lacan, Levinas, Blanchot, Nancy, Lacoue-Labarthe, and Žižek, in order to conceptualize psychoanalysis as a situated practice, devoid of guarantees and capable of interrupting the normalizing fictions of the dominant discourse. It argues that the clinic cannot be separated from the political field, and that the analytic act constitutes itself as an event that resists its closure in repetitive formulas or fetishized knowledge. Against the closure of act, the paper proposes an ethics of errancy, interruption, and openness to contingency.

Keywords

Psychoanalysis - Politics - Discourse - Fetishization

no digo la política es el inconsciente, simplemente: el inconsciente es la política. (Lacan, J. sesión 16/05/1967)

La afirmación de Lacan, tan escueta como provocadora, exige una lectura que no se someta a los automatismos del silogismo lógico[i]. No se trata de enunciar que *si el inconsciente es la política*, entonces *toda política es inconsciente*, ni de trazar simetrías especulares entre inconsciente y social. Se trata, más bien, de reconocer que lo inconsciente, en tanto efecto de una práctica discursiva situada, la del psicoanálisis, se constituye como una operación política en el sentido más radical; como producción de subjetividad, efectuada por la instauración discursiva del psicoanálisis y fundadora de un tipo de lazo social inédito.

El inconsciente no es una sustancia ni una entidad preexistente. Es una invención performativa que se actualiza en el dispositivo analítico a través de un régimen específico del decir que llamamos histerización (Lacan, 1969-70). Esta producción implica, necesariamente, una dimensión política, pues no hay discurso que no se inscriba en una economía de poder, de saber y de goce. El inconsciente, entonces, es efecto de la política del acto analítico que irrumpe como acontecimiento en el interior del lazo transferencial.

El psicoanálisis es político, no por su contenido temático ni por su eventual proximidad a doctrinas ideológicas, sino porque su praxis transforma los modos de subjetivación al intervenir en las coordenadas del deseo, del amor y del goce. Esa intervención no es neutra, y su eficacia depende de la posición que el analista asume en su práctica, una posición que no se define por el saber acumulado o referencial, sino por el modo en que encarna una ética del acto, ética que no garantiza nada, pero que se expone al riesgo de alojar lo que interrumpe como malestar anómalo e interpelación disidente de los regímenes de verdad.

Esta dimensión política del inconsciente requiere ser pensada desde una concepción clínica no normativizante, no estandarizada, no ritualizada, capaz de sustraerse a las lógicas académicas. El inconsciente se despliega como política del decir en la medida en que subvierte las ficciones estabilizadoras del discurso dominante, abre grietas en las cristalizaciones del goce y propone modos alternativos de inscripción subjetiva.

Es por esto que, el acto analítico no puede reducirse a un procedimiento técnico ni a una serie de intervenciones preestablecidas. Es, en su núcleo, una apuesta política que desafía las

formas instituidas de captura del deseo y tecnificación del goce. Su eficacia no reside en el saber que transmite, sino en la hiancia que introduce, una fractura que permite que el sujeto se autorice desde un lugar no garantizado, desde un vacío constitutivo que ninguna teoría puede colmar. El núcleo pulsátil del ello no cesa de exigir satisfacción y demandar tramitación.

En esta clave, el inconsciente como política no remite a una metáfora del campo clínico, sino a la inscripción efectiva del acto en una topología de poder. El acto analítico no acontece en un vacío neutral, sino en un entramado simbólico e institucional que lo condiciona, lo tensiona y, eventualmente, lo captura. La intervención del analista -incluso cuando se manifiesta como silencio, abstención o retardo-, no escapa a lo político ni a su época. Muy por el contrario, su gesto incide en la producción del sujeto, en la reconfiguración del lazo social y en la modulación de los regímenes de verdad que organizan lo decible y lo vivible. Desde esta perspectiva, la ética del acto analítico no es exterior al poder, lo atraviesa, lo desplaza y lo desarma, allí donde puede sostener la irrupción de lo que no tiene lugar asignado en el orden instituido.

La clínica psicoanalítica se orienta por la ética que se infiere del acto, “¿Has actuado conforme al deseo que te habita?” (Lacan, 1959-60, p. 379). Esta pregunta no remite a una interioridad caprichosa, sino a una responsabilidad ética que no se funda en normas, saberes acumulados ni garantías institucionales. Actuar conforme al deseo, implica alojar una elección singular frente a los imperativos de goce del discurso social. En este horizonte, el acto analítico opera una lysis -¿s?-, respecto de los sentidos instituidos que organizan el síntoma, abriendo la posibilidad de una existencia electiva, no sometida, sino sostenida en la potencia política del deseo.

EL INCONSCIENTE COMO ESTRUCTURA POLÍTICA DEL SUJETO

El inconsciente, tal como lo concibe el psicoanálisis, no es simplemente un depósito de contenidos reprimidos, sino una configuración de producción de sentido, deseo y goce que se configura dentro de una red discursiva. Es una topología del sujeto atravesada por el poder, el lenguaje y la economía libidinal. Desde esta perspectiva, lo político no es un campo exterior a la clínica, sino su condición de posibilidad. Cada acto analítico se inscribe en un campo de relaciones de fuerza, de normas hegemónicas, de dispositivos institucionales que modelan las experiencias subjetivas. El inconsciente, en tanto efecto de discurso, es una estructura política, produce y reproduce formas de subjetivación, relaciones con el saber, posiciones de goce. Desde esta perspectiva, la práctica política contra la clausura del acto, puede pensarse desde una ética de la responsabilidad. Como sostiene Emmanuel Levinas en *Totalidad e Infinito*, “la neutralidad es una manera de no responder al llamado del otro” (2002, p. 25). La posición del analista nunca es inocente, su forma de escuchar, abstenerse o intervenir inscribe una relación

con el otro que trasciende el contrato clínico y se sitúa en una economía de alteridad. Para este autor, la ética no se funda en reglas ni normas, sino en una apertura infinita al rostro del otro como singularidad irreductible. Esa apertura implica inevitablemente una toma de posición. La abstención, cuando se ejerce como acto, no es pasividad sino una forma radical de responsabilidad frente al deseo del otro y, por ende, una decisión política. Esta ética no parte de la conciencia del yo ni se sustenta en principios universales. Levinas postula que la ética es anarquía en la medida que no comienza en el yo, y no comienza en el logos. Comienza en el rostro del otro que me interpela sin mediación. Esa exposición no puede ser tematizada, categorizada ni sistematizada sin violencia, en tanto interrumpe el saber, descoloca al sujeto y lo obliga a responder antes de disponer de palabras (Levinas, 1987).

Esta perspectiva de la ética encuentra eco en Simone Weil, quien concibe en el hecho de prestar atención al otro “la forma más rara y pura de generosidad” (2006, p. 50). Para ella, la atención no es pasividad, sino apertura radical a lo irreductible del otro. En la clínica, esto implica una ética del silencio, la disponibilidad y la espera sin apropiación.

Por su parte, Maurice Blanchot en *La comunidad inconfesable*, desarrolla una idea paralela, una espera sin objeto, una “interrupción interminable” (1990, p. 28), que elude los marcos teleológicos del significado y abre un vínculo ético-político con la alteridad. Esta espera no busca resolver ni comprender, sino sostener la exposición incondicional al otro, sin garantías ni cierre. En consonancia, el acto analítico interrumpe la clausura del sentido, se abstiene de forzar significaciones y se instala en la hiancia de lo no dicho. La clínica se convierte en un espacio de hospitalidad sin objeto, donde la espera —lejos de ser pasividad— es una forma radical de apertura a lo incapturable, un ejercicio ético-político que rechaza la fijación del sentido y deja el espacio abierto al otro.

Mientras que, Jean-Luc Nancy ofrece una noción de comunidad radicalmente ajena a toda lógica de apropiación. En *La comunidad desobrada* (2000) y *El intruso* (2004), define lo común como acontecimiento de exposición entre singularidades, sin esencia compartida ni identidad totalizante. La comunidad, en su pensamiento, no se funda en un contenido común, sino en la compartición de lo incompleto, en el estar-juntos sin clausura. Esta concepción no solo aporta un marco político para pensar lo colectivo, sino que resuena con la clínica analítica cuando esta se sostiene como práctica del entre. La transferencia no constituye una fusión, ni una captación de saber: es una relación sin apropiación, una comunidad sin propiedad. Allí donde el acto analítico interrumpe la clausura del sentido, se abre una forma de vínculo donde el decir conserva su potencia sin ser fijado.

En este horizonte, el deseo del analista —como posición vacía— adquiere un estatuto político, no organiza, no totaliza, no captura. Activa una hospitalidad que deja lugar a lo inapropiable. Con Nancy (2000), el psicoanálisis puede pensarse como una

comunidad de lo abierto, donde el acto resiste la clausura y sostiene su apuesta por lo intempestivo.

Ahora bien, la articulación entre acto, ética y forma, encuentra en Philippe Lacoue-Labarthe (1999, 2003) una elaboración clave mediante el neologismo *esthétique*, donde la ética y la estética se implican mutuamente en la escena del acontecimiento. En su lectura de la tragedia griega y de Lacan, sostiene que no hay acto sin escena, ni acontecimiento ético sin manifestación sensible. La estética, lejos de ornamentar, organiza la aparición de lo real allí donde fracasa la representación. El acto aparece así como interrupción sin garantía, como fractura que no simboliza ni comunica, sino que desestructura.

Esta lógica resuena con el dispositivo analítico cuando el acto, y no el saber, estructura la experiencia, y la palabra se sostiene como corte. El análisis, en este marco, deviene praxis *esthétique*: no técnica, no programable, sino expuesta a la singularidad del acontecimiento. Como señala Balmes (2002), Lacoue-Labarthe plantea una ética del acto que responde al horror sin escudarse en el saber, y destaca en Lacan -a diferencia de Heidegger-, el intento de inscribir una responsabilidad que no rehúye lo político, sino que se deja afectar por lo irrepresentable.

De esta manera, el acto analítico se afirma como intervención que no clausura, que interrumpe la repetición y abre una escena sin garantías. Desde esta perspectiva, proponemos pensar una lógica *tética* del acto: no para instituir una norma, sino para alojar el decir como inscripción singular, sin apropiación ni dominio. Tal gesto ético y estético, en el sentido radical trabajado por Lacoue-Labarthe (1999, 2003) y Žižek (1992, 2001), no responde a una legalidad exterior, sino que se configura como acontecimiento que desajusta los marcos de legibilidad. Escuchar sin apropiación, intervenir sin capturar, sostener el decir sin clausura: estas operaciones definen una clínica de la alteridad. El acto no representa una verdad, la hace comparecer como resto, como exceso, como fractura. En esa grieta, lo ético y lo político se entrelazan.

PSICOANÁLISIS, DISCURSO Y EL RIESGO DE LA CLAUSURA

En los tiempos que corren, afirmar que el Psicoanálisis no se involucra en política constituye, en sí mismo, una toma de posición política. No hay neutralidad posible cuando se trata del decir, del acto y del lazo con el otro. Todo posicionamiento clínico e institucional comporta efectos de verdad, de saber y de poder. Afirmar que el analista “no milita”, “no toma partido” o “solo escucha” puede funcionar como fórmula de asepsia, pero también —paradójicamente— como una forma de militancia en favor del orden instituido, del goce normativo, de la neutralización del deseo. En este contexto, cabe preguntarse: ¿qué política le conviene hoy al psicoanálisis? ¿Aquella que se resguarda en el mito de la abstinencia absoluta, o aquella que asume su responsabilidad en el campo discursivo en el que opera? La escena analítica no es un espacio aséptico ni deshistorizado.

Es un dispositivo que se inscribe en relaciones de poder, de saber, de goce. Y como tal, puede servir tanto para desactivar el acto como para alojarlo.

El discurso analítico, al igual que cualquier otro dispositivo de verdad, puede devenir ideología. Puede transformarse en una maquinaria de repetición que reproduce las formas hegemónicas de goce. Esto sucede cuando el analista deviene garante de un orden simbólico cerrado, cuando su práctica se ajusta a protocolos, mandatos institucionales o ideales de pureza clínica. Es entonces cuando el Psicoanálisis deja de ser una práctica de subversión del sujeto para devenir en una teología del síntoma, un ritual vaciado de acto.

Desde esta perspectiva, urge recuperar el sentido político del acto analítico como agenciamiento ético del decir, no como función de corrección, adaptación o saber experto. El analista, en tanto operador del discurso, debe asumir que su posición tiene efectos, que su silencio puede ser cómplice, que su interpretación puede ser normativa, que su presencia puede reactivar o sofocar el deseo del analizante.

Lo político del Psicoanálisis no reside en su contenido temático, sino en su lógica de intervención. Como dispositivo de escucha, puede convertirse en lugar de producción de subjetividad emancipadora o, por el contrario, en repetición de los regímenes de goce que sostienen la dominación. Esta ambivalencia exige una vigilancia permanente, la clínica puede operar como máquina de captura o como zona de apertura. Y esa diferencia no se juega en el discurso del analizante, sino en la posición ética y política que el analista encarna frente al saber, el deseo y el goce.

DISCURSO UNIVERSITARIO, GOCE Y PODER

El discurso universitario, tal como lo define Lacan en el *Seminario 17* (1969-1979), no es simplemente un modo de transmisión del saber, sino una maquinaria de enunciación que oculta su propia relación con el goce. Bajo la apariencia de neutralidad técnica o asepsia académica, el discurso universitario se erige como una forma de dominación simbólica, en la que el saber funciona como fetiche y el sujeto es reducido a un objeto de evaluación y clasificación.

Esta estructura adquiere particular relevancia cuando el Psicoanálisis es capturado por la lógica universitaria. Convertido en doctrina, sistematizado como saber referencial y evaluado bajo criterios de rendimiento, el discurso analítico se normaliza y distancia así de su vocación subversiva. En lugar del acto, se instala el procedimiento; en lugar de la transferencia, el protocolo; en lugar del deseo, la norma. Esta transformación no solo afecta al dispositivo analítico, compromete también su potencia ética y política.

Como lo advierte Žižek (1992, 2001), el cinismo contemporáneo no consiste en la ingenuidad, sino en saber y aun así participar. Se puede enseñar el “deseo del analista” como contenido programático sin sostener acto alguno que lo encarne. Se puede

invocar a Lacan mientras se perpetúan formas de enseñanza que desalientan la pregunta, clausuran la transferencia e inhiben toda invención. Esta lógica perversa, donde el saber se autonomiza y se presenta como legítimo en sí mismo, reproduce una forma de goce superyoico que se ampara en la autoridad académica.

En clave lacano-marxista, esta autonomización del saber constituye una fetichización estructural. Así como en Marx el fetichismo de la mercancía transforma una relación social en una propiedad natural, el discurso universitario transfigura una relación de poder en una neutralidad epistemológica. El saber se absolutiza, se presenta como sustancia autosuficiente, desanclada de todo deseo, de toda castración, de toda contingencia. Esta operación permite gozar de la denegación: se actúa como si no hubiera falta, como si la teoría bastara para suplir el acto. El sujeto que se forma en este discurso no es alguien que aprende, sino alguien que es producido como objeto de evaluación, de inclusión, de exclusión. La subjetividad universitaria se constituye en la adhesión ritual a una doxa institucionalizada, donde el deseo del saber ha sido reemplazado por el goce de la repetición significativa. El significante domina al sujeto, no lo libera. La enseñanza deviene simulacro, la clínica una tecnología replicable, y el analista un técnico programado.

En esta perversión discursiva, el saber no interpreta, clasifica. No corta, estabiliza. No se arriesga, se protege. La transferencia se sustituye por el rendimiento; la experiencia, por la técnica. El discurso analítico se convierte en doctrina aplicada, y la escena clínica, en objeto de simulación pedagógica. Allí donde debería haber vacío, incertidumbre, invención, se instala la promesa de control y previsibilidad.

Frente a esta fetichización, urge una crítica radical al modo universitario de transmisión del Psicoanálisis. No se trata de rechazar la formalización, sino de fracturar su automatismo. No se trata de abolir la enseñanza, sino de restituirle su dimensión de acontecimiento. El saber analítico no se posee ni se transmite, se arriesga. Solo allí donde se acepta el no saber, donde se aloja la pregunta sin respuesta, puede comparecer el sujeto del deseo. Y esa comparecencia no es programable ni estandarizable, es efecto de una posición ética que no se deja capturar por el fetiche del saber.

Restituir esta ética del acto implica interrumpir el circuito del discurso universitario, no como gesto antiintelectual, sino como exigencia política. El saber, en tanto lugar del agente, debe ser desplazado para que el sujeto —ese que no se deja reducir a objeto de clasificación— pueda advenir. Allí donde la teoría promete completud, el acto introduce hiancia. Donde el saber estabiliza, el análisis fractura. Esta fractura no es un fracaso, sino la condición misma de la invención clínica. Y en tiempos de restauración, reiteración y captura, esa invención es también una forma de resistencia política.

NOTAS

[i] Este trabajo es producto del Proyecto Consolidar Tipo2 2020-2025 Manifestaciones actuales del síntoma, financiado por SECyT-UNC (Res. N° 233/2020) Dir. Dra. Mariela Yesuron y co-dir. Mg. Alejandro Rostagnotto.

BIBLIOGRAFÍA

- Balmes, F. (2002). *El sujeto, entre goce y política*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Blanchot, M. (1990). *La communauté inavouable*. Paris: Éditions de Minuit.
- Lacan, J. (1959-1960). *El Seminario, Libro 7, La Ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1967). "Clase del 10 de mayo". En *Seminario, Libro 14, La lógica del fantasma* (ed. no oficial). Disponible en archivos de trabajo de la École Freudienne de Paris / compilaciones de la EOL (sin paginación).
- Lacan, J. (1969-1970). *El Seminario, Libro 17, El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. (2008). *Escritos 2* (T. Mallo, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacoue-Labarthe, P. (1999). *La ficción de lo político* (M. A. Milán, Trad.). Valencia: Pre-Textos.
- Lacoue-Labarthe, P. (2003). "De la ética: a propósito de Antígona". En *Lacan y los filósofos* (pp. 179-197). Buenos Aires: Amorrortu.
- Levinas, E. (1987). *Ética e infinito* (M. C. Treviño, Trad.). Salamanca: Sígueme.
- Levinas, E. (2002). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad* (A. Ortigosa, Trad.). Salamanca: Sígueme.
- Nancy, J.-L. (2000). *La comunidad desobrada* (S. Barros, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Weil, S. (2006). *A la espera de Dios* (Á. Sánchez Pascual, Trad.). Madrid: Trotta.
- Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología* (P. Rovira, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto: El centro ausente de la ontología política* (J. Valenzuela, Trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.